

Leandro y éste me dió una copia de ellos para saborearlos á mi gusto.

Don Juan vino á anunciarnos que la comida nos esperaba, y pasamos los tres al comedor. Comimos alegremente y con inmejorable apetito. La comida era puramente aldeana: sopa de pan, olla de aluvas y verduras con cecina, tocino y longaniza, principio de magras y huevos con tomate, postres de peras recién traídas del horno, y frutas recién traídas de la huerta, vino baracaldés y riojano y tortas de trigo y de maíz todavía calientes. Lo único que no fué completamente aldeano, aunque hacía años que iba tomando carta de tal, fué un excelente café acompañado de una copita de anisete de Burdeos, final que sospeché se había añadido aquel día á la comida ordinaria en obsequio del forastero.

Viendo la fábrica, que era hermoso establecimiento en que se ocupaban centenares de operarios, recorriendo las amenas cercanías de Ibarro, hablando con los aldeanos que trabajaban en las heredades de las caserías inmediatas, y conversando entre nosotros mismos, pues ya se sabe que la conversacion es inagotable entre aquellos que bien se quieren y tienen comunes recuerdos en que ocuparse, así pasamos gratuitamente la tarde hasta que el sol fué desapareciendo del valle, y ya sólo doraba las laderas occidentales del excelso Ganecogorta.

Entonces D. Juan y yo nos despedimos de Leandro, y tomando nuestras cabalgaduras nos dirigimos Cadagua abajo.

XXXIX.

LAS ALMAS DÉBILES.

El día que tan alegre había sido para mí, debía concluir muy tristemente.

Junto al legendario puente de Castrejana, construido há cerca de cinco siglos y no sé si derribado hace pocas semanas por el furor de la presente guerra civil, cuyo carácter más distintivo fué, desde que dió principio, el de la destruccion, la carretera abandona la margen derecha del Cadagua y asciende por la ladera del monte, sombreada de robles y castaños. Al terminar aquella ascension, encuentra la planicie de Aldamira (y no Altamira como vulgarmente se ha dado en llamarle por el afán de castellanizar á tontas y á locas), donde el viajero no puede ménos de detenerse gratuitamente sorprendido con el espectáculo que allí se le ofrece. A la derecha, en primer término, la hermosa y poblada llanura de Abando, cuyo nombre de descansadero grande (de *ab*, descansadero ó asiento, y *an di*, *andi-a*, grande, lo grande) le cuadra perfectamente; en segundo, la populosa villa de Bilbao, á la que también corresponde el suyo de «llanura baja, extensa y redonda, donde hay dos poblaciones» (de *bi*, dos, *ili* poblacion, *be*, *b* sitio bajo y *ao* extension y redondez), y en último Begoña, cuyo caserío se extiende pintorescamente por las faldas y regazos meridionales de las cordilleras de Gangüren y Archanda, y cuyo insigne

santuario, profanado y derruido por la guerra civil recibió nombre que comunicó á toda la república, de su situación *al pié ó en lo bajo de la colinita* (*be*, bajo, *goi*, alto, *ña*, diminutivo). Al frente, la anteiglesia de Deusto (nombre corrompido de *Beurtu*, equivalente á hueras bajas), que comienza en la márgen derecha del Ibaizábal con la populosa, rica y linda barriada de Olabeaga, se extiende por la fértil vega, y ascendiendo por la ladera del monte, concluye por coronar el extremo occidental de la cordillera de Archanda. Incliniéndose al noroeste, el Ibaizábal, poblado cuando Dios queria de centenares de buques de todas las naciones, y en último término el Abra, á cuyas azules y blancas ondas se asoman Portugalete, Santurce y Algorta. Finalmente, al oeste, en primer término, el fértil Baracaldo, y en segundo y último, los siete concejos del valle de Somorrostro, limitados y enriquecidos del lado del Sur por la cordillera de Triano, que es aquel monte de que dijo el naturalista Plinio: «En la parte marítima de la Cantabria, bañada por el Océano, hay un monte quebrado y alto, cuya abundancia de vena de hierro es admirable, pues todo él es de esta materia.»

Allí nos detuvimos D. Juan y yo, si no asombrados por aquel hermoso espectáculo, pues ya estábamos habituados á él, complacidos con la contemplación del valle en que ambos teníamos nuestro hogar.

Ambos dirigimos la vista á la ladera de Goyérri, donde entre todas las caserías se distinguían por lo grandes, blancas y hermosas, las de Mari-Rosa y Rosita. Como yo notase que D. Juan se habia entristecido repentina-

mente al dirigir la vista á allí, le pregunté la causa de su tristeza, y me dijo que los negocios de sus cuñados iban muy mal.

Uno de nuestros amigos que venía de Balmaseda nos alcanzó é interrumpió á D. Juan cuando éste empezaba á ampliar aquella triste noticia, y continuamos los tres descendiendo á la llanura de Abando, donde D. Juan tomó la estrada que conducia á Gorostiza, y nosotros seguimos la carretera de Bilbao.

¿Qué puede haber ocurrido en Aurrecoechea desde que yo no voy por allí? me pregunté con insistencia aquella noche. Y no es lo peor, añadía, que D. Pedro haya experimentado contratiempos en sus intereses; lo peor es que ni él ni su mujer tienen la grandeza de alma que tienen los de Gorostiza para soportarlos y trabajar para repararlos.

Francisco, que se dedicaba cada vez con más fe y aplauso público á la predicacion, no estaba á la sazón en Bilbao, porque habia ido á predicar á una aldea de la Tierra-temprana.

El día siguiente por la tarde me encaminé á Gorostiza, tanto deseoso de saludar á Mari-Santa y Teresita, como deseoso de saber qué era lo que ocurría en Aurrecoechea.

A pesar de que la tarde era apacible y hermosa, el mirador que daba sobre la estrada estaba desierto.

Chómin, que trabajaba en el jardín, me vió llegar, y se apresuró á salir á abrirme la verja.

El buen anciano me saludó con el mayor afecto y alegría, á pesar de su carácter áspero y gruñon, porque con

Chómin sucedía algo parecido á lo que sucedía con Leon, un perro que habia en mi casa cuando yo era niño. Leon era terrible é implacable para con toda persona que se acercase á la casería y él no supiese que sus amos la veían acercarse con gusto.

Cuando esta persona se acercaba, Leon parecia querer-sela comer viva, y era inútil que gritásemos: Leon, *¡vas á fuera!* *¡vas á fuera!* Leon continuaba, cuando ménos, *reguillando* los dientes; pero así que alguno de casa se acercaba al recién llegado y ponía á éste afectuosamente la mano en el hombro, Leon comprendía que aquella persona era amiga de la casa, y se deshacía en fiestas con ella, como diciendo: «Perdone V., pues yo ignoraba que fuese V. amigo de mis amos, y cuente V. entre los suyos á este su seguro servidor que su mano lame.»

— La señora, me dijo Chómin, ha pasado á la otra banda con la señorita y D. Joaquín.

— ¿Qué D. Joaquín?

— El indiano, que como viene por aquí todas las tardes, y es, mejorando lo presente, de los buenos amigos de la casa, no ha querido que pasen la ría solas. Mucho me temo que á la otra banda ocurra algo malo, porque ya se sabe, la señora, y áun la señorita, que va saliendo pintada á ella, no va sino adonde hay algun triste que alegrar ó algun necesitado que socorrer.

— ¡Dios la bendiga!

— ¡Qué, señor, si á esa ya puede Garamendi irle preparando un nicho en el retablo mayor de San Vicente! (1).

(1) D. Bernabé de Garamendi es un inteligente escultor de

— Pues me decido á pasar tambien al otro lado á ver si encuentro á las señoras, porque deseo verlas como ha-ce tanto tiempo que no he tenido ese gusto.

— Bajaré á acompañarle á V...

— Gracias, Chómin, no es necesario.

— Ande V. con cuidado, porque este viento castañero que se nos ha anticipado, con la mayor facilidad pone por montera aunque sea un gabarron, y la fiera, áun cuando no disponga más que de un brazo, como aquí sucede, procura hacer de las suyas. ¡Ah, mala centella de Dios la hunda!

Despedíme de Chómin, bajé á aquellos hermosos diques, donde unos cuantos comerciantes de Bilbao acababan de enterrar una porcion de millones con la patriótica audacia que caracteriza al comercio bilbaíno, y me pasé al otro lado una barquera ya anciana, con quien me entretuve durante el pasaje en esta conversacion:

— ¿Ya debe pesarle á V. el remo?

— Como una pluma, señor.

— ¿Cuánto tiempo hace que V. le maneja?

— Desde chiquita.

— ¿Sin soltarle nunca?

— Sólo dos ó tres dias cada vez que se aumentaba la familia.

— ¿No ha estado V. nunca enferma?

— Nunca, á Dios gracias.

— ¿Ni le ha sucedido á V. percance alguno en la ría?

— Ninguno.

Bilbao, entre cuyas obras se cuenta el retablo mayor de San Vicente de Abando con sus imágenes.

— ¿Es V. sola en casa?

— Haga V. cuenta que sí, porque el marido y los chicos andan navegando de largo.

— Bien podían tenerla á V. descansada en su casita.

— Con esa matraca me están siempre.

— ¿Y por qué no sigue V. su consejo?

— Porque no quiero morirme hasta que Dios no lo disponga.

— ¿Qué, se había Vd. de morir por dejar la ría?

— Ya ve V., señor, siempre he vivido en el agua, y siempre he visto que los peces se mueren en saliendo de ella.

Pensando, de resultas de esta conversacion, en lo que es la felicidad, que ciertamente no es el dinero ni cosa que se le parezca, me dirigí hácia la iglesia de San Pedro, esperando encontrar en ella ó sus hermosas cercanías, ó en Aurrecoechea, á Mari-Santa y sus acompañantes.

Por casualidad dirigí la vista hácia la fábrica-cerrajería de D. Pedro, y lancé un grito de dolorosa sorpresa porque me encontré con que el edificio se había quemado de tal modo, que sólo quedaban de él las paredes calcinadas.

Entonces comprendí lo que D. Juan había empezado á explicarme en Aldamira, y ya no me quedó duda de que donde debía buscar á Mari-Santa era en Aurrecoechea.

Apénas tomé la cuesta de Capuchinos, me pareció ver gente descansando, sentada en un poyo que subsistía desde el tiempo de los frailes, en el último torno ó revuelta, bajo la enramada de avellanos, alheñas, vides silvestres,

zarza-rosas, jazmines y madreselvas que allí dan sombra á la estrada.

Continué subiendo, y unas alegres carcajadas, que en lo frescas, francas y alegres me parecieron de Teresita, me movieron á apretar el paso para dar vista á Aurrecoechea con tan buena y tan querida compañía, pues debo advertir que me habia bastado saber de D. Joaquin lo que sabía y haberle saludado unas cuantas veces para que en mi cariño le confundiese con la familia de Gorostiza.

En efecto, los que yo buscaba eran los que descansaban, conversaban y reían bajo la enramada.

Apénas me vieron lanzaron un cariñoso grito de satisfacción, se levantaron y se adelantaron á mi encuentro, particularmente Teresita.

Esta, desde que yo no la veía, habia crecido sin vergüenza, como dice uno de los modismos de nuestra buena lengua castellana, que los tiene tan aborrecibles por su falta de lógica como adorables por su sobra de ternura y candor. En efecto, como decia Chómin, Teresita hasta en lo físico salía pintada á su madre: era una fei-lla tan hermosa, que enamoraba.

Como niña de diez y seis años, no tenía aquella dulce gravedad que constituía el fondo del carácter de su madre; pero en medio de su vivacidad y su franca alegría, asomaba con frecuencia, es decir, siempre que algo grave ó triste terciaba en la conversacion, el alma de Mari-Santa. Vaya un ejemplo:

— ¡Ay, D. Joaquin, qué jazmines tan hermosos hay allá arriba! exclamó Teresita indicando al indiano unas